

Mozart y Salieri

Alexandr Pushkin

ESCENA I

SALIERI: Se dice que en este mundo no existe la verdad. Y dudo incluso de que exista en el otro. Esto me resulta tan evidente como una simple escala. He venido al mundo para amar el arte. Siendo niño, solía escuchar, embelesado, el órgano de nuestra vieja catedral sin poder contener las lágrimas. Pronto rechacé los fútiles pasatiempos, y me disgustó todo lo que no tuviese relación con la música. Me aparté de todo, consagrándome sólo a ella. Los primeros pasos son difíciles y árido el principio de la senda. No obstante, conseguí vencer los fracasos del principiante y consideré el oficio como base del verdadero arte. Llegué a ser un técnico, un artesano; logré que mis dedos adquiriesen la agilidad necesaria y respondiesen a mi oído musical. Disequé los sonidos como si se tratasen de un cadáver. Comprobé la armonía mediante el álgebra. Y sólo entonces me dejé arrastrar por las delicias del ensueño de la creación. Comencé a crear..., pero no me atrevía aún a anhelar la fama. Más de una vez, después de permanecer dos o tres días recluso en mi silenciosa celda olvidando alimentarme y tras haber saboreado la exaltación y las lágrimas propias de la divina inspiración, echaba mi obra al fuego contemplando, fríamente, cómo desaparecían transformados en humo los sonos que había engendrado... Pero, ¿qué digo? Cuando apareció el gran, el genial Glück, revelándonos nuevos misterios, misterios sublimes, profundos, ¿acaso no abandoné todo lo que había llegado a conocer y a amar, todo aquello en que tenía fe, para seguirlo ciegamente lo mismo que un ser perdido que varía de rumbo aconsejado por un caminante que acaba de encontrar? Gracias a mi perseverancia logré alcanzar un grado bastante elevado en el arte infinito. La suerte me sonrió: otros comprendieron mis creaciones musicales. Y fui dichoso por mi trabajo, los éxitos, la fama y la obra de amigos y colaboradores en nuestro arte sublime.



Alexandr Pushkin

Nunca conocí la envidia. ¡Nunca, nunca! Ni cuando Piccinni dejó maravillados a los parisinos ni tampoco al oír por primera vez los sonos de *Ifigenia*. ¿Quién hubiera dicho que Salieri era un envidioso digno de desprecio, que, sintiéndose impotente, mordía como una serpiente la dura roca?

Pero ahora sí. Debo reconocerlo. ¡Siento envidia! Siento envidia y sufro horriblemente. ¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está la justicia si la genialidad imperecedera, el divino don, no se le otorga en premio al que, rebosante de amor, trabaja olvidándose a sí mismo, sino que ilumina el cerebro de un demente, de un holgazán cualquiera?... ¡Oh, Mozart, Mozart!...

Entra Mozart.

MOZART: ¡Cuánto siento que me hayas visto entrar!

Quería sorprenderte y gastarte una broma...

SALIERI: ¿Llevas mucho tiempo aquí?

MOZART: No; he llegado en este momento... Tenía prisa por enseñarte una fruslería; pero, al pasar jun-



Wolfgang Amadeus Mozart

to a la taberna, oí un violín... ¡Querido Salieri, en tu vida habrás oído una cosa igual!... Era un ciego que tocaba *Voi che sapete*. ¡Qué manera de interpretar! ¡Qué maravilla! No he podido resistirlo, he querido obsequiarle con su arte..., y aquí lo tienes. ¡Eh! ¡Adelante! (*Entra un anciano con un violín.*) ¡Tócanos algo de Mozart! (*El viejo toca pésimamente un aria de Don Giovanni. Mozart ríe.*)

SALIERI: ¡Me parece imposible que puedas reír!

MOZART: ¡Ah, Salieri! ¿Acaso no deseas reír tú también?

SALIERI: ¡Desde luego, no! ¿Podría reír viendo manchar un cuadro de una Madonna de Rafael a un pintor de brocha gorda? ¿O a Dante Alighieri profanado

por un imitador servil?... ¡Vete! ¡Vete, viejo!

MOZART: ¡Espera! Toma. Para que bebas a mi salud. (*El viejo se va.*) Salieri, veo que hoy estás de mal humor... Ya volveré por aquí cualquier día.

SALIERI: ¿Qué traías para enseñarme?

MOZART: Una cosita sin importancia. Anoche no podía conciliar el sueño... Y tuve una idea..., unos temas que he apuntado hoy... (*Enseñándole el papel.*) Deseo saber tu opinión... Pero no estás bien dispuesto...

SALIERI: Mozart, ¡qué injusto eres! ¿Me has visto algún día mal dispuesto para escucharte? ¡Siéntate y toca!... Te escucho... (*Mozart se sienta al clavecín.*)

MOZART: Figúrate a alguien..., pero ¡qué más da!... Podemos suponer que soy yo mismo..., cuando era más joven... Supongamos que estoy enamorado..., pero no mucho, ¿sabes?... Sólo un poco... Imagínate que me acompaña una muchacha... o, si te parece mejor, un amigo..., y que ese amigo eres tú, por ejemplo. Estoy alegre..., cuando, de pronto, veo algo fúnebre..., unas sombras o algo por el estilo... Bien, ahora escucha...

Empieza a tocar.

SALIERI: ¡Señor! ¿Has podido pararte junto a la taberna para escuchar a un violinista ciego teniendo esto y viniendo aquí? ¡Oh, Mozart! ¡No eres digno de ti!

MOZART: ¿Qué? ¿Te gusta?...

SALIERI: ¡Es profundo, amplio, austero! ¡Eres un dios, Mozart!... Lo eres sin sospecharlo tú mismo... Estoy seguro.

MOZART: No sé qué decirte..., tal vez... Pero mi divinidad tiene hambre en este momento...

SALIERI: Comeremos juntos... ¿Sabes dónde? En la taberna del *León de Oro*... ¿Quieres?

MOZART: Muy bien... Pero he de avisar a mi mujer para que no me espere... Sólo un instante... (*Sale.*)

SALIERI: ¡Sí, te esperaré! ¡Oh! ¡No puedo luchar más contra mi destino! Tengo que matarlo, de otro modo... Estamos perdidos..., y no sólo yo, con mi escasa fama, sino todos los fieles al arte de la música... ¿Qué utilidad nos ha de traer el que Mozart siga viviendo y se haga cada vez más célebre? ¿Acaso puedo lograr que mi arte sea más excelso? No. Y con su muerte el arte decaerá, ya que no deja heredero alguno... ¿Y qué provecho sacará el mundo de Mozart? Vino a la tierra como un querubín trayéndonos algunas canciones del paraíso para turbar nuestros míseros deseos privados de alas y para desaparecer luego y dejarnos en el mayor abandono... ¡Qué se vaya, pues, cuanto antes! ¡Será mejor para nosotros! He aquí el veneno..., es el

don póstumo de mi Isora. Dieciocho años hace que lo llevo conmigo. ¡Cuántas veces la vida me ha resultado una carga insostenible! ¡Y cuántas veces me he encontrado en la mesa frente a un enemigo!... Mas nunca hice caso de la voz hechicera que me susurraba cosas terribles al oído..., a pesar de que no soy pusilánime ni tengo la vida en gran estima. Siempre aplazaba mi resolución con la esperanza de que la existencia podía ofrecerme aún dones inesperados..., de que tal vez llegase una noche de inspiración creadora, de que yo fuese un nuevo Ha ydn, creador de cosas grandiosas, y entonces... También pensaba que podía hallar algún día al peor de mis enemigos..., y, en ese caso, ¡oh, don de mi Isora!, no te habrías perdido sin provecho... ¡Y no me he equivocado! Por fin hallé a mi enemigo... ¡Llegó la hora!... ¡Oh, don sagrado del amor!, hoy mismo estarás en la copa de la amistad...

ESCENA II

Un reservado en una taberna con un clavecín. Mozart y Salieri sentados a la mesa.

SALIERI: ¿Por qué estás tan triste hoy?

MOZART: ¿Yo? No; no estoy triste.

SALIERI: Pareces disgustado... La cena es exquisita... También el vino... ¿Por qué, pues, te muestras tan taciturno y callado?

MOZART: Te lo voy a confesar... Mi *Requiem* me tiene muy preocupado...

SALIERI: ¿Cómo! ¿Estás componiendo un *Requiem*? ¿Desde cuándo?

MOZART: Llevo tres semanas dedicado a él. Pero, ¿creerás que me ocurre algo muy extraño?... ¿No te lo he contado?...

SALIERI: No.

MOZART: Hace unas tres semanas volví muy tarde a mi casa. Me dijeron que alguien había preguntado por mí. ¿Quién podía ser? Pasé la noche pensando en ello... Al día siguiente aquel desconocido volvió a preguntar por mí, pero tampoco me encontró en casa. ¿Qué podía querer de mí?... Al tercer día, estaba sentado en el suelo jugando con mi hijo cuando me llamaron. Al salir de la habitación vi a un hombre vestido de negro. Me saludó con gran cortesía y me encargó un *Requiem*. Sin detenerse más, se despidió. Me puse manos a la obra..., pero el desconocido no ha vuelto. Por otra parte, eso me alegra. Si he de decir la verdad, sentiría desprenderme de mi composición una vez acabada... Pero, al mismo tiempo...

SALIERI: ¿Qué?

MOZART: Me da vergüenza confesarlo.

SALIERI: ¿Por qué?

MOZART: No puedo apartar de mi mente la visión de aquel hombre vestido de negro... Tengo la impresión de que me sigue por todas partes, como una sombra... En este momento noto como si estuviera junto a nosotros.

SALIERI: ¿Qué tontería! No seas chiquillo... Es necesario que te distraigas... Beaumarchais me dijo una vez: "Amigo Salieri: si te persiguen pensamientos tenebrosos, descorcha una botella de *champagne* o lee *Las bodas de Figaro*..."

MOZART: ¡Ah, sí!... Beaumarchais era amigo tuyo..., ya recuerdo. Escribiste tu *Tarare* para él... ¿Qué bonita obra!... ¿Qué hermoso tema!... Siempre lo recuerdo: la-la-la... Pero dime: ¿es cierto que Beaumarchais envenenó a alguien?

SALIERI: No creo..., era demasiado..., grotesco, no hubiera sido capaz de hacerlo.

MOZART: Era un genio, lo mismo que tú y yo... Creo que la genialidad es incompatible con el crimen... ¿No es cierto?

SALIERI: ¿Crees eso? (*Echa el veneno en la copa.*) ¡Bebamos!...

MOZART: ¡A tu salud! Por la sincera amistad que une a Mozart y a Salieri, dos hijos predilectos de la armonía. (*Bebe.*)

SALIERI: ¡Has bebido sin esperarme!...

MOZART: (*Arrojando la servilleta sobre la mesa.*) No quiero nada más... Ya estoy satisfecho... (*Se acerca al clavecín.*) Voy a tocar... Es mi *Requiem*. (*Empieza a tocar.*) Pero, ¿lloras?

SALIERI: Estas son mis primeras lágrimas... Me siento alegre y triste al mismo tiempo... Es como si hubiese cumplido con mi deber..., o como si me hubiesen amputado un miembro doliente... ¡No hagas caso de estas lágrimas, amigo Mozart!... Sigue tocando... Toca, toca, invade mi alma con esos sonos sublimes...

MOZART: ¡Oh, si todos comprendieran la armonía como tú! Pero no..., entonces no podría existir el mundo... ¡En tal caso todos se dedicarían exclusivamente a la música y a las artes libres! En cambio, ahora, somos unos cuantos elegidos los que despreciamos lo que sólo es útil..., ¿no te parece? Pero estoy cansado..., no me encuentro bien... Adiós, Salieri. Me voy a dormir. (*Sale.*)

SALIERI: ¡Adiós! ¡Dormirás mucho tiempo!... Pero, ¿será cierto lo que ha dicho? Según sus palabras, no soy un genio... ¿Serán incompatibles la genialidad y el crimen? No..., ¡no puede ser! ¿Y Buonarroti? ¿O se trata de una leyenda..., y el creador del Vaticano no fue un asesino?